

# 90° aniversario del nacimiento del siervo de Dios P. Luis María Etcheverry Boneo

Fundó las «Servidoras» y organizó muchas instituciones para la formación de la juventud

Ana Ofelia FERNÁNDEZ

El siervo de Dios p. Luis María Etcheverry Boneo nació en Buenos Aires (Argentina), el 18 de septiembre de 1917, en un año que presenta matices relevantes en la historia moderna universal.

El siglo XX había debutado en el escenario dorado de la *Belle Époque*, afirmado sobre la columna relativista heredada de las centurias anteriores. Lo sellaba el pensamiento moderno idealista que había abandonado la metafísica. La élite intelectual del tiempo le cerraba a la fe —porque no era susceptible de comprobación al modo de las ciencias experimentales— el acceso a la razón positivista, y tampoco le reconocía aptitud para la expresión pública. Al máximo, lo religioso era considerado como un sentimiento en el ámbito subjetivo individual, desplazado desde el templo visible de la comunidad eclesial al rincón privado de la *sacristía*. Pero el 1900 fue rápidamente asolado por catástrofes en cadena que esfumaron las ilusiones del siglo XIX y el optimismo inicial del XX. Desde 1914, con la *guerra grande*, un rayo se descolgó de improviso cercenando lo que alcanzó en su zigzag. El progreso divinizado resultó cuestionado abruptamente por las batallas de la *matanza inútil*, así definida por el Papa Benedicto XV cuando clamó por la paz ante los jefes de las naciones (S.S. Benedicto XV, *Nota a los jefes de Estado*, 1 de agosto de 1917: AAS 9 [1917] 423).

Mientras la guerra continuaba, crecía el cono de sombra a la par de una política intrincada e inquietante. El mapa europeo se volvía a dibujar; la cultura se expresaba con nuevos parámetros y medidas, que no abrevaban en las raíces profundas de los pueblos y de sus instituciones. La niebla nihilista expandió sus negaciones teóricas y prácticas, y el mundo entero se encontró en un profundo caos.

Ese cono sombrío se hizo muy denso en Rusia cuando el marxismo tomó cuerpo político instaurando la revolución en el poder. Fue un giro total, intrínsecamente ateo, negador y perseguidor de las libertades primarias del hombre, que se presentó con un aparente objetivo de redención materialista universal, *internacional*, mientras infería profundas heridas a las naciones del este europeo y, con estrategias propagandísticas, difundía sus postulados a todos los continentes.

El clima apocalíptico de la guerra y el giro dialéctico de Rusia incubaban una misteriosa prepotencia del mal, cuya real dimensión no se abarcaba en las primeras manifestaciones.

En medio de tanta desazón de los hombres, ese año 1917 trajo una luz que destelló por medio de María, embajadora de la Misericordia divina. La Virgen confió y reiteró un mensaje a los jóvenes pastores de Fátima. Desde el 13 de mayo hasta el 13 de octubre, la Madre de Dios, con las cuentas del rosario, desgranó consejos, peticiones y profecías. El Corazón maternal incitó a reparar la gloria divina ultrajada por el abandono de la fe y de la vida cristiana —de la verdad y del bien—, como lo atestiguan crudamente la guerra y su contexto. Desde Fátima se pedía a los hombres penitencia y conversión, para afrontar el torrente del mal desencadenado en el mundo.

Más allá del océano, la Argentina aspiraba a decantar con grandeza la mutación que múltiples factores le produjeron en el gozne de los siglos XIX y XX. El común denominador cultural de las nuevas generaciones argentinas, salvo excepciones, era el liberalismo —con distintos matices— por la educación recibida en la escuela laica y en la universidad positivista.

La Iglesia afrontaba los difíciles desa-

líos del momento, multiplicando su ministerio religioso y en los campos social y educativo, así como en el diálogo con un amplio sector dirigente.

En octubre de 1916 el presidente Hipólito Yrigoyen inició un tiempo político abierto a muchas expectativas y posibilidades internas y externas, con una clara opción de neutralidad frente a la guerra, que continuaría hasta 1918. La Argentina se movía en relación a Occidente y por eso participaba de la general preocupación ante el panorama mundial.

Con este trasfondo en la escena mundial y nacional, el 18 de septiembre de 1917 comenzó la historia personal de Luis María Etcheverry Boneo.

El siervo de Dios nació en una familia de conocida tradición de servicio a la nación y a la Iglesia. Fue el cuarto hijo entre siete: otro hermano y cinco hermanas.

En el niño Luis María atrae su luz para conjugar una profunda religiosidad con la curiosidad y el interés por abrirse a todas las dimensiones de la vida, y esto como lo ha recordado vivamente su familia: como un chico normal.

Cuando cumplió doce años manifestó a sus padres el deseo de ingresar en el seminario menor para seguir la vocación que percibía. Aunque su planteamiento fue plenamente aceptado, la familia decidió posponer la entrada al seminario hasta la finalización de los estudios secundarios. Terminó esta etapa en el colegio Champagnat de los Her-



manos de las Escuelas Cristianas, y comenzó su juventud con una meta clara: la santidad en clave sacerdotal. A los dieciocho años, en marzo de 1936, entró en el seminario de Buenos Aires, proponiéndose: «No olvidar que tengo que salir de esta santa casa; que, con la gracia de Dios, tengo que llegar al sacerdocio sublime siendo *realmente santo* (...). Hay que tomar verdaderamente en serio lo de la santificación: he venido a *santificarme* para luego *santificar* y si no lo consigo defraudó las gracias del Señor».

En el mismo año fue enviado a Roma para seguir su formación en el Pontificio Colegio Pío Latino Americano y en la Universidad Gregoriana. Los siete años romanos abundaron en dones divinos para Luis María: maestros en las ciencias y en el espíritu lo guiaron en

una esmerada formación, aprovechada al máximo por la inteligencia privilegiada del siervo de Dios y por su tenaz y humilde opción por la santidad. Dolores y grandes pruebas lo acompañaron siempre en este período.

El 12 de abril de 1941 recibió la ordenación sacerdotal: «Ya soy sacerdote... y nada en mí parece cambiado. Me haces comprender, Señor, que mi vida en adelante deberá ser *vida de fe*».

En 1943 pasó a vivir a la iglesia nacional argentina, para aprovechar otros recursos para su formación, pero la guerra arreciaba y su arzobispo lo llamó a Buenos Aires, adonde llegó en noviembre de 1943. Enseguida inició su ministerio en la curia, en el seminario en diversas parroquias y colegios, sobre todo en el de Nuestra Señora de la Misericordia (Belgrano). Profundamente identificado con el ideal paulino de «instaurar todo en Cristo» (Ef 1, 10), organizó instituciones para la formación de la juventud: colegios universitarios, los colegios San Pablo, la agrupación *Misión*. Fue director de los Cursos de cultura católica. Dio un decidido aporte para la obtención de la libertad de enseñanza y el definitivo impulso a la creación de la Universidad católica argentina.

Intuyó la necesidad de una nueva forma de vida consagrada femenina al servicio de la Iglesia y, en 1952, fundó las *Servidoras*, institución que, después de su muerte, fue fuente inspiradora de un nuevo canon del Código de derecho canónico de 1983.

Nada era ajeno a su celo sacerdotal, y en su personalidad mostraba la armonía entre naturaleza y gracia. Se prodigó con infatigable paternidad como director espiritual y como maestro, elaborando una rica doctrina teológico-espiritual. Orientó muchas vocaciones sacerdotales y para la vida consagrada, y formó laicos con sólidos principios cristianos, dando vida a una amplia familia espiritual.

Transmitía siempre su alegría interior y la identificación creciente con Jesucristo. Vivía lo que predicaba y se hacía *todo a todos* (cf. 1 Co 9, 22). Inculcaba su amor a la Virgen, a la Iglesia, al Papa, a la palabra de Dios y al Magistero, a la liturgia, a la potencialidad de la gracia y a la oración.

Arraigado en la milenaria cultura cristiana, escrutaba atentamente los signos de los tiempos, estudiaba el movimiento teológico, valoraba y discernía con amplitud de miras las propuestas del concilio Vaticano II, distinguiéndolo de las interpretaciones confusas. Trabajaba sin descanso para que la Iglesia informara con el Evangelio la vida de su patria y del mundo. Desde estas sólidas bases abrió puertas para el diálogo entre las ciencias y la filosofía y la teología, a fin de iluminar las realidades terrenas, instando a *construir la tierra mirando al cielo*.

En 1971, en viaje a Roma, fue sorprendido por una grave enfermedad en Madrid, donde murió el 18 de marzo, tras ocho días de gran sufrimiento. Médicos, sacerdotes y religiosos que lo asistieron y visitaron calificaron su muerte como la de un santo.

En 1997 se inició, en la arquidiócesis de Buenos Aires, el proceso diocesano del siervo de Dios.

Con motivo del 90° aniversario de su nacimiento, el Santo Padre Benedicto XVI ha concedido una bendición a las *Servidoras* y a todos aquellos que recuerdan al padre Luis María y siguen su ejemplo sacerdotal. En su última frase, el Santo Padre dice que imparte con afecto a Lila Blanca Archide, presidenta y colaboradora del fundador en el desarrollo del carisma institucional, la implorada bendición apostólica, que extiende complacido a las demás *Servidoras* y a cuantos participan en la celebración jubilar.

## Meditación dominical del Santo Padre

VIENE DE LA PÁGINA 1

tre los muertos vuelve para amonertarlo.

La Virgen María nos ayude a aprovechar el tiempo presente para escuchar y poner en práctica esta palabra de Dios. Nos obtenga que estemos más atentos a los hermanos necesitados, para compartir con ellos lo mucho o lo poco que tenemos, y contribuir, comenzando por nosotros mismos, a difundir la lógica y el estilo de la auténtica solidaridad.

El Papa manifestó su cercanía espiritual a la población de Myanmar ante la dolorosa prueba por la que está pasando e invitó a toda la Iglesia a orar para que se encuentre una solución pacífica. Asimismo, manifestó su esperanza de que se llegue a buen término con los esfuerzos de diálogo de las dos Coreas. He aquí sus palabras:

Sigo con gran conmoción los gravísimos acontecimientos de estos días en Myanmar y deseo expresar mi cercanía espiritual a esa querida población en el momento de la dolorosa prueba que está atravesando. A la vez que aseguro mi solidaridad e intensa oración, e invito a toda la Iglesia a hacer lo mismo, deseo vivamente que se encuentre una solución pacífica para el bien del país.

Encomiendo a vuestra oración también la situación de la península coreana, donde algunos importantes desarrollos en el diálogo entre las dos Coreas permiten esperar que los esfuerzos de

reconciliación que se están llevando a cabo puedan consolidarse en favor del pueblo coreano y en beneficio de la estabilidad y de la paz de la región entera.

El Papa saludó luego en varias lenguas: francés, inglés, alemán, español, eslovaco, polaco e italiano, a los fieles que habían llegado de diversas partes del mundo. Al saludar a los fieles alemanes y polacos se refirió a la beatificación, esa misma mañana, de la sierva de Dios María Luisa Merkert. Ofrecemos las palabras que pronunció en polaco y las que dijo en castellano.

Saludo cordialmente a todos los polacos. Hoy, en Nisa, en la diócesis de Opole, tiene lugar la beatificación de la sierva de Dios María Luisa Merkert, de la Congregación de las Hermanas de Santa Isabel. Se distinguió por su solicitud hacia los enfermos, los pobres y los abandonados. Que el testimonio de la vida de María Luisa sea para nosotros un estímulo a ver en los necesitados el rostro de Cristo. De corazón imparto a todos mi bendición.

Saludo con afecto a los fieles de lengua española aquí presentes. Pidamos a la Virgen María que, guiados por el ejemplo y las enseñanzas de Cristo e impulsados por su amor, sepamos encontrar la fuente de la alegría y la paz en la entrega generosa y desinteresada a los demás, especialmente a los que sufren y pasan necesidad cerca de nosotros. ¡Feliz domingo!